

JOSÉ ANTONIO MARINA



es@lavanguardia.es

crear

FILOSOFÍA ZOOM

Soy un entusiasta del zoom. Me fascina ese cambio de escala, ese acercamiento que magnifica detalles mínimos, maravillas desapercibidas. Nos permite descubrir la novedad en lo aparentemente conocido. La costumbre nos hace ver las cosas al por mayor. “Vista una, vistas todas”, decimos con una sensibilidad de apisonadora. La venta al detalle es lo contrario de la venta al por mayor. Cada pieza se observa con minuciosidad. El zoom se opone al “plano medio”, esa media distancia

que nos proporciona una visión útil del entorno pero que amortigua lo peculiar. El tópico es la glorificación del plano medio, de la atención dispersa. En cambio, el zoom agarra nuestra atención y la planta en el detalle. “¿Qué detalle ha tenido!”, se decía antes para ensalzar el refinamiento de una acción.

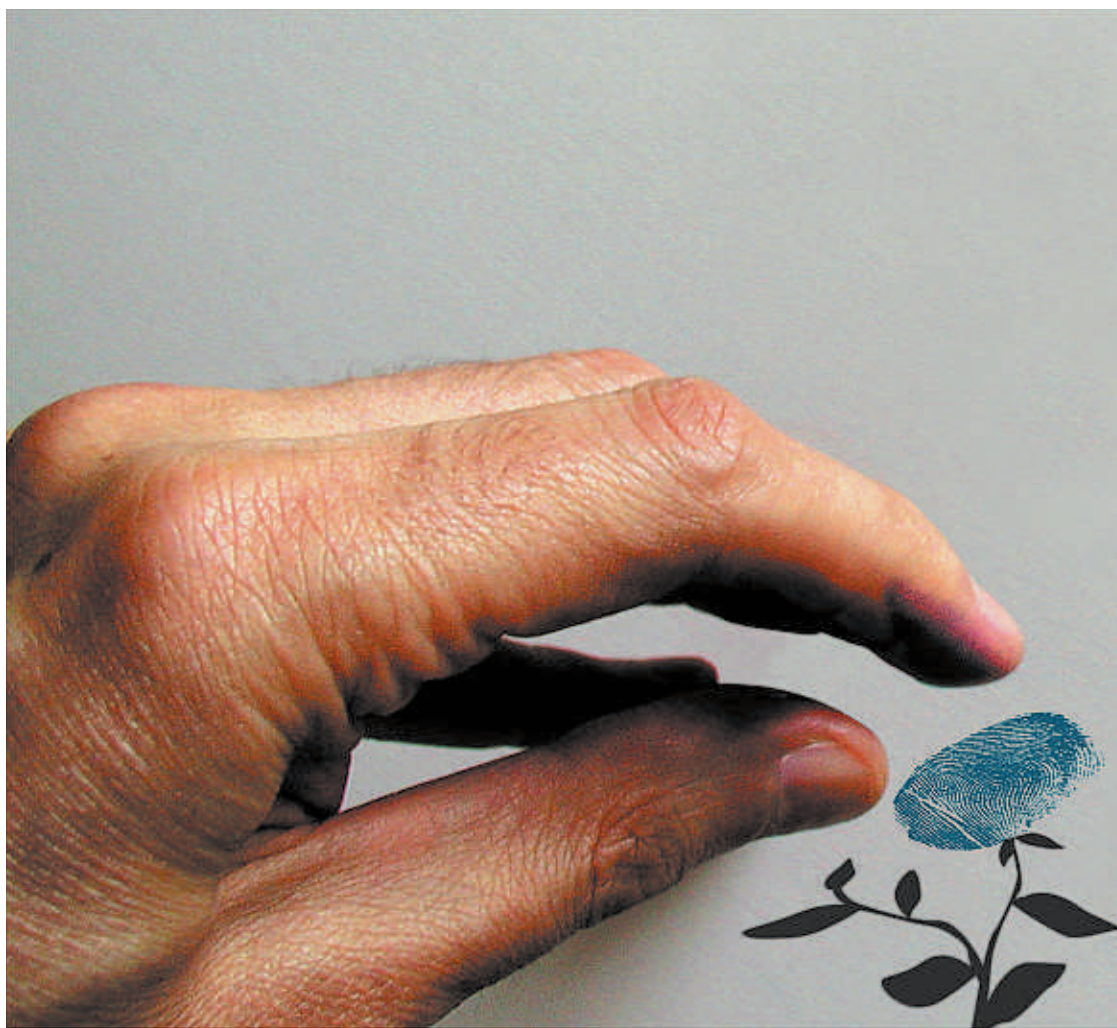
Me emociona la “estética zoom”, el primor de lo minúsculo espacial o de lo minúsculo temporal, que es lo instantáneo. ¿Se han fijado en los reflejos de la luz en un vaso? ¿O en el perfecto diseño de una flor silvestre? ¿O en los mínimos jardines que brotan en las grietas de los edificios? ¿O en el sabio movimiento con que una mujer se separa la melena del rostro? ¿O en el encanto de una mirada de complicidad amorosa? He escrito muchas veces sobre estas breves epifanías, pero en estos artículos pretendo ir más allá de la esté-

tica zoom para llegar a la filosofía zoom, la que medita sobre acontecimientos pequeños. Ortega, que también fue a ratos filósofo zoom, reflexionó sobre el hecho de que nos saludemos dándonos la mano, sobre la existencia de soportales en la plazas antiguas y sobre lo que significa el marco de un cuadro. Bergson dedicó un magnífico libro a estudiar la risa. Y Simone de Beauvoir recordaba el entusiasmo con que Sartre y ella oyeron contar a Raymond Aron, recién llegado de Alemania, que había una filosofía que consideraba importante meditar sobre una taza de café, la que tenían delante de ellos. La ciencia también se ocupa de lo mínimo. Daniel Wolpert, neurólogo del University College de Londres, ha estudiado por qué

¿Y SI SIEMPRE SUPIÉRAMOS MÁS COSAS DE LAS QUE REALMENTE PODEMOS VER CON CLARIDAD?

no podemos hacernos cosquillas a nosotros mismos, cosa más compleja de lo que puedan suponer. Lo que he escrito no es más que una justificación de lo que pensaba escribir. Quería hablarles de un suceso trivial y misterioso: tener algo en la punta de la lengua. Se trata de un fenómeno universal. En ocasiones sé lo que quiero decir, lo tengo en la punta

de la lengua, pero no puedo decirlo, me faltan la palabras. La situación es sorprendente. Conozco algo que no puedo expresar. Busco a tientas la palabra sabida pero no disponible. Desecho las que no son con toda certeza. “No es eso”. Cuando por fin aparece, la reconozco inmediatamente. Es un hecho mínimo, pero, ¿no será un pequeño síntoma de una realidad más grande?. ¿Y si siempre supiéramos más cosas de las que podemos ver con claridad? Los psicólogos hablan de conocimientos implícitos, plegados. Los enamorados dicen que siempre habían sentido a la mujer o al hombre amado. Me atrevo a decir que san Agustín creía que el alma humana estaba inquieta porque “tenía en la punta de la lengua” a Dios y no acertaba con la palabra o con la experiencia. San Juan de la Cruz hablaba de un “no sé qué que quedan balbuciendo” las cosas. Y un gran filósofo francés, Vladimir Jankélévitch, escribió un libro titulado “Le-Je-ne-sais-quoie”. Un tratado de filosofía mínima, sin duda. ■



Raúl